

XVIII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

NO SOLO DE PAN VIVE EL HOMBRE

Padre Pedro José Ynaraja

Fue la respuesta que Jesús dio al demonio cuando le tentaba en el desierto. Sentía hambre y comió más tarde, pero sus palabras entrañan enseñanzas que con frecuencia se olvidan hoy.

El domingo pasado, leído en la misa el fragmento evangélico correspondiente, dejamos a la multitud saciándose de pan de cebada y pescado en salazón. Equilibrada cena: hidratos de carbono y saludable proteína. El agua la tenían muy próxima, el lago se la proporcionaba en abundancia. ¿Satisfecho el Señor? Pues no. Aquel gentío volvería a tener hambre. La manduca no solucionaría los conflictos de convivencia, no ahogaría la ambición, ni destruiría la envidia. No serviría para acertar proyectos matrimoniales, inquietudes y penas. De momento han quedado contentos y le buscan para que les proporcione más, pero el Señor les advierte que lo que les ha dado es insuficiente. Les recuerda un alimento emblemático que el pueblo recibió antaño en el desierto, tuvieron maná y necesitaron más y más y al final perecieron. Habla y promete un alimento que saciará del todo.

Ellos no lo entendían, seguramente los mismos Apóstoles y las mujeres que con ellos iban y colaboraban, tampoco. Cuando se puso por escrito el episodio, ya se daban cuenta de que aquella multiplicación de panes y peces, no era más que una anticipación histórica del gran y completo alimento que sería la Eucaristía. Agua y alimentos, más el aire que respira, le son necesarios al hombre para subsistir, pero no son suficientes para el logro de la felicidad, ni para gozar de impulso suficiente para entrar en Vida Eterna.

Lo que vengo diciendo debemos aplicárnoslo a nosotros mismos pero también tenerlo presente cuando nos encontremos con indigentes, hambrientos en uno o dos niveles. Quiero decir que si estamos en una situación económica que nos permite comer lo suficiente, no debemos olvidar la comunión eucarística. Muchas crisis, muchas derrotas, muchas degradaciones morales y fracasos espirituales, ocurren porque el alma carece de fortaleza, sufre de anemia espiritual. En la actualidad me relaciono con bastante gente de muy diferentes niveles y procedencias. Como soy viejo, soy rico en experiencia y conservo buena memoria, de aquí que me encuentre muchas veces con personas que nos habíamos relacionado hace tiempo y los avatares nos habían distanciado. Una conversación, después del saludo y el reconocimiento de que conservamos buenos recuerdos y que aunque arrinconada no desapareció la amistad, puede ser continuación de otra inacabada de hace 10, 30 o hasta 50 años. Intercambiamos experiencias, nos enriquecemos mutuamente comunicándonos los logros conseguidos. Nunca falta por mi parte la pregunta: ¿has conservado la Fe? (San Pablo da gracias a Dios de ello, IITi, 4,7).

Mis queridos jóvenes lectores, convidad a merendar a vuestros amigos, dad limosna al indigente, cooperad en ONGs de ayuda, pero no os olvidéis de contagiar vuestra Fe, de dar

razón de vuestro comportamiento y enseñar la atractiva doctrina del Maestro y si están en el nivel apropiado, invitar a comulgar.